

El miércoles 25 de julio la Iglesia conmemora al apóstol Santiago.

De modo particular es festejado en España donde se le honra como patrono y tiene el grado litúrgico de solemnidad, por lo que ya las misas del 24 por la tarde son de Santiago apóstol. Tiene oraciones y prefacio propios aprobados para la Conferencia Episcopal Española, que figuran en el *Misal* correspondiente.

Para unos será día laborable, para otros será día festivo, unos estarán de vacaciones, algunos pueblos tendrán sus fiestas populares... Sin embargo, todos, de un modo u otro, veneraremos a este santo apóstol, sintiéndonos miembros de una Iglesia apostólica, cimentada sobre la fe que nos han transmitido los apóstoles. Los apóstoles son considerados el fundamento de la Iglesia, ya que Jesús los eligió para que estuvieran con él y enviarlos a predicar (cf. Mc 3,13-19), dándoles su autoridad (cf. Mt 10,40), prolongando así en el tiempo la misión recibida del Padre (cf. Jn 17,18): bautizando (cf. Mc 16,16), perdonando los pecados (cf. Jn 20,23), celebrando la Eucaristía (cf. Lc 22,19)... Por ello, en el Credo, confesamos que creemos en la «Iglesia que es una, santa, católica y *apostólica*». Es por ello que hacemos memoria de cada uno de ellos a lo largo del año.

▣ VIDA DE SANTIAGO

Santiago, conocido como el Mayor –diferenciándolo así del otro apóstol Santiago denominado el Menor–, era pescador en Betsaida y fue llamado por Jesús a seguirle con su hermano Juan. Ambos eran hijos de Zebedeo. Santiago fue uno de los tres discípulos que acompañaron a Jesús en momentos importantes de su vida como la resurrección de la hija de Jairo (cf. Mc 5,21-43), la transfiguración (cf. Mc 9,2-13) o la oración en el huerto de Getsemaní (cf. Mc 14,32-42). Y fue el primero de los apóstoles en dar la vida por Cristo (cf. Hch 12,1-2), ofreciendo así el testimonio de su fe.

La tradición sitúa a Santiago predicando en España y, tras su muerte, su cuerpo fue llevado desde Jerusalén hasta Galicia, en el extremo más occidental del mundo conocido. En el siglo IX el obispo Teodomiro de Iria descubrió unas reliquias que creían que pertenecían al santo y se extiende, a partir de entonces, una inmensa devoción al apóstol por Europa haciendo de Santiago de Compostela uno de los centros de peregrinación de la cristiandad.

▣ MARTIRIO

Tras la venida del Espíritu Santo «los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con mucho valor», como nos informa el texto de los Hechos de los Apóstoles que leemos en la primera lectura.

Aunque las autoridades religiosas no les permitían evangelizar, ellos no cesaban en su empeño pues debían de «obedecer a Dios antes que a los hombres», tal y como responden al sumo sacerdote que los interroga. El rey Herodes Agripa I, para congraciarse con los judíos, «hizo pasar a cuchillo a Santiago, hermano de Juan». Era la Pascua del año 44.

Se cumplen así las palabras dichas por el propio Santiago y su hermano Juan a Jesús cuando, en el evangelio que hoy leemos, les pregunta: «¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?». Y con toda seguridad responden: «Podemos».

La eucología de la celebración nos recuerdan cómo Santiago fue el primero en dar la vida por Cristo: «consagraste los primeros trabajos de los apóstoles con la sangre de Santiago» (oración colecta); «el primer apóstol que participó en el cáliz redentor de Cristo» (oración sobre las ofrendas); «el primero entre los apóstoles, bebió el cáliz del Señor» (prefacio).

▣ UN TESORO EN VASIJAS DE BARRO

«Llevamos este tesoro en vasijas de barro». Así inicia la segunda lectura de esta celebración, tomada de la segunda carta de san Pablo a los Corintios. Esta fragilidad queda clara en la «pobreza» de los apóstoles que Jesús eligió «para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros».

Los datos que en el evangelio encontramos de algunos de los Doce se enmarcan perfectamente en esta perspectiva: Santiago y Juan debían tener un carácter enérgico, violento, pues Jesús les puso por sobrenombre Boanerges, que significa hijos del trueno, y, de algún modo, aspiraban a los puestos más altos, recoge el relato evangélico de hoy; Pedro negó conocer a Jesús; Tomás dudó de la resurrección...

Pero más allá de esa «pobreza» y «fragilidad» humana, su grandeza reside en haber puesto sus vidas a disposición de Dios dejándole actuar. Dios podrá hacer obras grandes por medio de nosotros convirtiéndonos en santos; una llamada universal a la santidad que recientemente nos ha recordado el papa Francisco en la Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*.

JOSÉ ANTONIO GOÑI